

Comentario

Felicitas López Portillo

8

9

El Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora demostró con este ciclo de mesas redondas, sentido de la oportunidad. En efecto, durante la década de los ochenta –aunque los entendidos señalan que con este año de 1990 finaliza la tal década, de triste memoria– se dio un proceso de democratización en el continente que, desgraciadamente, no fue tan afortunado o esperanzador como debiera. Pues, ¿qué posibilidades de consolidación o de simple existencia esperan a regímenes surgidos de las urnas, dentro de procesos más o menos democráticos, que sin embargo padecen la peor crisis económica del siglo?

La década de los ochenta, bautizada

por la CEPAL como “perdida”, por aquello de que los indicadores económicos de bienestar social y actividad productiva retrocedieron diez años, y en ocasiones incluso más, y por don Pablo González Casanova como “trágica”, por implantarse un modelo de desarrollo cuyas características principales encuentra el destacado sociólogo en la exclusión y el subconsumo de las mayorías y de importantes sectores medios, fue, paradójicamente, la década de la desaparición de viejas dictaduras y del acceso al poder de regímenes elegidos democráticamente.

En este proceso no sólo tuvieron importancia los movimientos populares democráticos y los partidos políticos que

dieron la batalla pese a la represión –junto a un contexto internacional favorable, donde el derrumbe de los socialismos autoritarios abre una nueva época de acomodación de los espacios políticos y económicos, de imprevisibles consecuencias– sino también la crisis económica. Ésta, que se significó por el agudo estancamiento económico que ha imperado durante todos estos años, tuvo su punto de arranque a partir del verano de 1982, cuando el gobierno mexicano reconoció la imposibilidad de seguir cubriendo el servicio de la deuda externa –a despecho de la promesa que se nos hizo de que nuestro país se convertiría en “potencia media” y de que el problema sería administrar la abundancia–, mismo argumento que Carlos Andrés Pérez esgrimió ante los venezolanos en los años de las vacas gordas. La crisis económica sumió a las economías latinoamericanas durante toda la década en un proceso de inflación desbocada, disminución del producto por habitante –de 1981 a 1989 el PIB por habitante en América Latina se desplomó a 8.3%¹ y la consiguiente disminución de los salarios reales, junto a la cuantiosa transferencia de recursos al exterior, que alcanzó, de 1982 a 1988, la suma de 180 000 millones de dólares, cifra equivalente a 45% de la deuda externa de la región,² que para este último año se situaba arriba de los 400 000 millones de dólares.³ Al alza de las tasas de interés internacionales se sumaron el deterioro de los términos de intercambio –los precios de los productos primarios que exportamos son los más bajos desde

¹ Entrevista con Gert Rosenthal, *La Jornada*, 17 de febrero de 1990.

² Gert Rosenthal, “Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1988”, *Comercio Exterior*, vol. xxxix, núm. 3, marzo de 1989, p. 239.

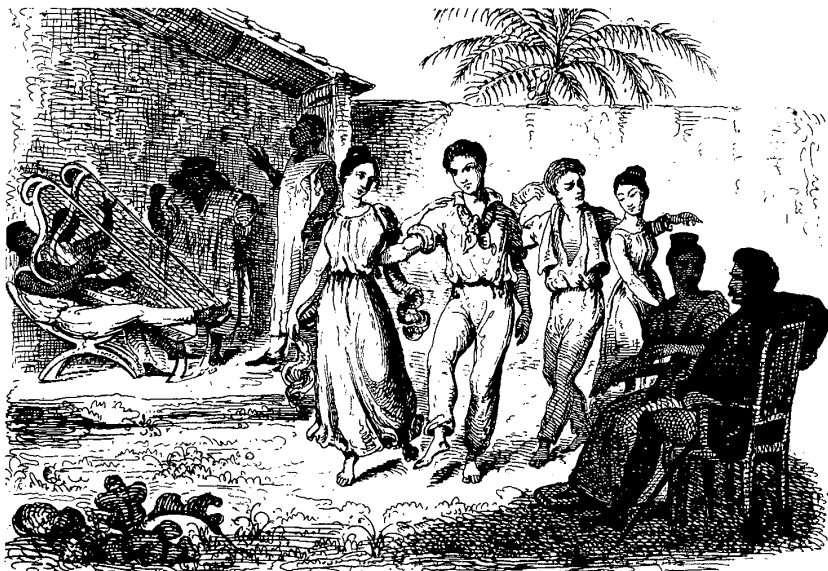
³ *La Jornada*, 10 de marzo de 1989.

1932–; la escasa o nula llegada de capital del exterior, ya no digamos de bancos privados, nuestros principales acreedores, sino también de los organismos multilaterales nacidos en Bretton Woods, el aumento del proteccionismo en los espacios desarrollados y los tipos de cambio fluctuantes ligados a un dólar en declive, por señalar algunos de los fenómenos más importantes.

A los efectos desatados por la deuda se agregaron los problemas estructurales que América Latina arrastra de tiempo atrás, como son el agrario y la baja productividad que lo acompaña; un sector secundario protegido que se mostró incapaz de competir ventajosamente con el exterior donde la eficiencia y la calidad son la norma, desigual distribución del ingreso, burguesías que acumulan hacia afuera –espinoso asunto que casi no se toca por la responsabilidad que los dirigentes políticos tienen en ello–, anacrónicos sistemas tributarios y financieros, escasa atención a la necesidad de aplicar tecnologías avanzadas a los procesos productivos y una educación anticuada y creciente deterioro de los servicios públicos, procesos que desencadenaron una exhaustiva revisión del papel estatal, verdadera vuelta de tuerca que pretende dejar atrás al Estado subsidiador e ineficiente, propiciador de corrupción, por uno atendido a su papel estratégico de rector de la economía, adelgazado y confiado en que la desigualdad social desaparecerá por el libre juego de la oferta y la demanda.

El guatemalteco Gert Rosenthal, secretario ejecutivo de la CEPAL, resumía así los efectos sociales de esta década de estancamiento: durante la misma, 63 millones de latinoamericanos engrosaron la lista de personas que viven en la

⁴ Gert Rosenthal, *op. cit.*, p. 235.



miseria plena; al concluir el año pasado el número de personas en la miseria absoluta era de 165 000 000, 38% del total, en un universo de 426 000 000 de habitantes. Agregó Rosenthal: "Lo más importante de la década perdida ha sido la capacidad de aguante de los pueblos de la región."⁵

Los cambios en el espectro político analizados en el ciclo de mesas redondas organizado por el Instituto Mora tienen que ver con la madurez política de la población latinoamericana, que no apostó a la utopía guerrillera o a la lucha fratricida para resolver su angustiada situación, sino a una modificación sancionada por las urnas. El caso de Nicaragua, donde el sandinismo dejará el poder después de once años de gobierno, es sintomático del derecho de los pueblos a decidir su destino. Éstos deben liberarse tanto de la

tutela apabullante de paternalismos mesiánicos como de utopías políticas que esperan el fin de los tiempos para ver realizadas sus promesas de bienestar material y espiritual.

Un saldo positivo de la década pasada fue la revaloración de la democracia, tanto en el nivel mundial como en el regional. Anexo a la anterior se da el mejor homenaje a los 200 años de la revolución francesa: los derechos humanos, legado liberal si los hay, que son hoy patrimonio universal. Por fin, después de tantas vueltas y revueltas, se reconoce que la igualdad ante la ley, la libertad de expresión y asociación, el derecho a la propiedad y a la representación, la libre iniciativa, la autonomía de la voluntad, la inviolabilidad del hogar, la separación de poderes, la justicia independiente y la soberanía popular son herencia de toda la humanidad. El desafío para nuestros pueblos es compaginar, junto a los regímenes democráticos de diverso signo

⁵ *La Jornada*, 17 de febrero de 1990.

que hoy existen o subsisten, el respeto a los derechos humanos y el acceso a una mejor calidad de vida.

Pido la comprensión del auditorio ante las gruesas pinceladas del esbozo histórico anteriormente dibujado, pero la premura del tiempo así lo exige. Paso ahora a comentar la intervención de Marcos Winocur que se refirió al caso cubano. Después de señalar que su información al respecto era de origen periodístico, afirmó que, en una apresurada síntesis, podría decirse que en Cuba no existen elecciones. Pero sí las hay, tanto para la Asamblea Nacional del Poder Popular, como para las instancias municipales y departamentales. Hizo asimismo un interesante análisis y comparación de los sucesos acaecidos últimamente en Europa central con la situación cubana. También se refirió Winocur al hecho de que, en un primer momento, las revoluciones tienen todo el derecho del mundo a no efectuar elecciones, pero creo sin duda que se alcanza un límite histórico en que los procesos electorales son deseables, tanto para legitimar el poder establecido como para dar circulación a las elites burocráticas que corren el riesgo de perpetuarse y anquilosarse, como pasó en la URSS y en su zona de influencia europea. Si bien es cierto que Fidel Castro no es Stalin, también es cierto que lleva 30 años en el poder, los mismos de nuestro tristemente célebre don Porfirio.

En la prensa se anunció que el Comité Central del Partido Comunista Cubano lanzó la idea de la necesidad de revisar, para actualizarlos y adecuarlos a los nuevos requerimientos de la sociedad cubana, el centralismo democrático y el unipartidismo, que hoy son cenizas del pasado en los países de la Europa central. ¿Quiere decir esto que después de 30 años de régimen revolucionario, éste es

tan débil que no efectúa elecciones porque teme perderlas? Ya es un avance que se haya instaurado el voto secreto, como informó Winocur, lo que sin duda protege la imparcialidad del mismo, pues considero que los mítines donde un millón de personas congregadas en la Plaza de la Revolución vitorean y hacen fe pública de su adhesión al proceso revolucionario difícilmente pueden tomarse como una participación o sanción electoral.

A pesar de la negativa del círculo dirigente cubano hacia la *perestroika* y la *glasnost*, a las que perciben como desviaciones del socialismo, los aires de cambio están llegando a la isla caribeña (y no solamente a través de TV Martí). La presión interna es cada vez mayor, y la externa ni se diga, con un Gorbachov instando a su colega isleño a aplicar medidas económicas que hagan menos oneroso su costo para la URSS. El doctor Winocur terminó su intervención con una visión pesimista, incluso de alerta hacia una probable guerra entre las potencias, pero yo veo el panorama más alentador. Por lo menos durante las dos o tres décadas siguientes se vivirán las turbulencias ocasionadas por el derumbe del socialismo cuartelario y del reacomodo mundial consiguiente, mientras los países vencidos en la segunda guerra mundial son hoy por hoy los líderes económicos y tecnológicos del capitalismo. No creo que los cambios acelerados vividos por los espacios soviéticos y los otrora considerados bajo su influencia sean una involución, son más bien la búsqueda de un socialismo humanitario, como lo quería Alexander Dubcek hace 20 años. El ejemplo a seguir por los dirigentes de la *perestroika* es la socialdemocracia escandinava, donde se da una combinación de lo mejor del capitalismo y del socialismo, por lo que no creo que

intenten copiar el *american way of life*, con su desmedido consumismo y su afán de lucro (anexo a su afición por las drogas).

Para terminar, quiero externar la opinión de que necesitamos mayor debate y reflexión sobre Cuba. Si bien es cierto que todos la queremos, no basta el amor sino la conciencia crítica y la exorcización de los mitos. Tenemos la obligación de mantener los ojos bien abiertos, dentro de lo posible, saber y revisar qué está pasando en Cuba y por qué. Siento que ha habido un exceso de timidez en la academia (y no nada más en ella) a este respecto, y que el comandante Castro nos sigue hipnotizando con su indudable carisma y con su discurso desfasado que todavía no registra los cambios ocurridos en el mundo en los últimos 20 años. Lo anterior, sin negar los indudables avances cubanos en salud y educación, únicos en América Latina.

Comentaré ahora la ponencia de Patricia Pensado, referida al caso de Puerto Rico. En la misma, la citada investigadora pone el dedo en la llaga, aunque no la resalte: los puertorriqueños no quieren ser independientes, a pesar de las ilusiones y las luchas de la *intelligentsia* criolla, que no cesa de bregar por la soberanía nacional. Según los datos arrojados por las elecciones de 1988, el estatuto colonial disfrazado bajo la cobertura de Estado Libre Asociado —cuya cabeza más visible es el Partido Popular Democrático— contó con la aprobación de 48.7% de la población en edad de votar; mientras que la otra opción, la que presenta el Partido Nuevo Progresista y desea para Puerto Rico la condición de estado federado de Estados Unidos—con lo que, aseguran, se lograría mayor autonomía política y económica para la isla— obtuvo un porcentaje de 45.8% en las mismas elecciones; por tal razón el

referéndum que se plantea llevar a cabo en el verano de 1991 estará muy reñido. Por su parte, el Partido Independientista Puertorriqueño logró una votación de 5.4%, por lo que yo dudaría en llamarlo la tercera mayoría, como escribe Pensado, sino la primera minoría.

El debate entre los partidos políticos en Puerto Rico se centra, por lo visto, en la necesidad de modificar o conservar el estatuto de Estado Libre Asociado, alcanzado en 1952 después de no pocas luchas, o el de ingresar con plenos derechos al conjunto de la Unión Americana. Me inclino a pensar, como Bush lo anunció ya, que Estados Unidos prefiere que su colonia de origen hispánico se convierta en estado federal, pues los diez billones de dólares que envía como asistencia a la isla es una cantidad considerable, que se reduciría si ésta gozara de mayor autonomía. Por lo demás, el carácter estratégico de la isla ha disminuido por el desarrollo de las nuevas tecnologías militares —recuérdese el proyecto favorito de Reagan, la Iniciativa de Defensa Estratégica, mejor conocida como “guerra de las Galaxias”—, situación que debe enlazarse con lo acontecido en Europa central, donde el derumbe de los socialismos autoritarios y su petición de ayuda económica y técnica a Occidente ha desinflado la guerra fría, si no es que ya le administró la extremaunción. Quizá la importancia de Puerto Rico para Estados Unidos radique más en una nostalgia imperial por el *Mare Nostrum* del Caribe, y porque considere que la avalancha de inmigrantes que provengan de un Puerto Rico independiente, en lugar de aminorar, aumentaría.

No comparto el punto de vista de la ponente en el sentido de que, como señala Guillermo Gómez Peña, los dos millones de puertorriqueños que viven en Estados Unidos representan un de-



saño a la identidad cultural y étnica de los anglosajones —cualquier cosa que esto signifique—, pero que sí lo es si esta cantidad se une a los 20 000 000 de hispanos que habitan allá. En cuanto a si Puerto Rico se convertirá, por vía del referéndum, en un Estado federado más y que por lo mismo tendrían que aplicarse leyes más estrictas en términos ecológicos y laborales, tengo mis dudas, pues como la licenciada Pensado lo señala, las clases dominantes isleñas parecen convivir bastante bien con el monstruo y le conocen las entrañas; faltaría la presión social y política para que estas leyes fueran aplicadas, pongamos por caso, como en Massachusetts.

Por último, para terminar con mi breve comentario, quiero señalar que al trabajo de la ponente —que da una acertada y resumida versión histórica de la isla y de su contexto político y económico— le faltó señalar algo que considero importante: qué grupos, sectores, clases o etnias están detrás de los partidos políticos predominantes en Puerto Rico. Según tengo entendido, y para ello apelo a la más documentada información de la ponente, los “blancos” estarían por la independencia, mientras que las personas de color,

más desfavorecidas económicamente, prefieren el estatuto colonial, cualquiera que fuere su ropaje, siempre que venga acompañado de los indispensables *food stamps*.

En su intervención el profesor Pablo Maríñez efectuó un pormenorizado recuento histórico de las elecciones en la República Dominicana, de la muerte de Trujillo a la fecha. La aparente continuidad institucional de las mismas esconde la realidad de un pequeño país donde la injerencia norteamericana es el pan de cada día, lo mismo que la de la Iglesia y las fuerzas armadas. Anota el sustentante que en los últimos años se ha dado un interesante proceso de polarización electoral en donde las fuerzas de izquierda, aunque importantes, aparecen con raquíticos porcentajes, mientras que los partidos tradicionales —el Partido Revolucionario Dominicano y el Partido Reformista—, siguen cosechando la mayoría de los votos, encabezados por sus líderes históricos: Juan Bosch y Joaquín Balaguer. Este último es una especie de comodín de la política norteamericana, aunque por lo menos una vez sí ganó limpiamente las elecciones, a pesar de su ceguera y sus muchos años. Al profesor Maríñez le faltó hacer mayor hincapié en la plataforma programática de ambos partidos, que, por lo menos para diletantes como yo, es desconocida. Otro punto que quizá convendría resaltar es el interés primordial de Estados Unidos en la República Dominicana actualmente, pues los tiempos han pasado desde aquel lejano 1916, cuando se dio la primera invasión a la isla. Estamos en una época signada por los cambios, aunque parecería que la potencia del norte, en lugar de adecuarse a los mismos, vuelve por sus fueros en su área de influencia, ocupados como están los soviéticos en superar sus innumerables problemas.